

ISABEL LA CATOLICA

El día 22 de Abril de 1451 nació en la villa de Madrigal una princesa, a quien la historia había de conocer con el nombre de Isabel la Católica.

España y América, que en diverso concepto la reconocen como madre, celebran hoy jubilosas su centenario. También nosotros, aunque refractarios, por cansancio, a esta suerte de conmemoraciones, excesivamente multiplicadas en nuestros días, nos vamos a sumar al homenaje que rinde el mundo a aquella mujer excepcional, en quien se aunaron en el más esplendoroso consorcio las virtudes de la dama, de la madre y de la soberana.

No aspiramos a presentar aquí datos desconocidos para los investigadores de su fecunda vida. Ofrecemos simplemente una laude emocionada, evocación de los méritos fundamentales que la hacen famosa en la historia del mundo y amada de España, América y de esa otra, alta y grandiosa, unidad social, que se llama la Iglesia Católica.

Maternidad fecunda.

No puede llamarse afortunada, Doña Isabel de Castilla, como madre de una esperanzadora familia, que Dios le concedió. De sus hijos, el idolatrado Príncipe Don Juan murió prematuramente, recién casado, antes de ceñir la corona de la España unificada por sus gloriosos padres. Isabel, la Infanta dorada, enviudó muy pronto en la corte de Portugal. Catalina, entregada primero al rey Arturo de Inglaterra y después a su hermano Enrique VIII, fué víctima de la liviandad del rey lujurioso y cismático. Juana, esposa de Felipe el Hermoso, enloqueció de amor y de celos.

El epígrafe no alude, sin embargo, a esta maternidad física. Isabel —llegada al mundo en un momento turbulento y anárquico de la España guerrera, forjada en la cruzada reconquistadora de ocho siglos— fué la forjadora de su unidad, sellada con sangre en los muros de Granada; la alentadora de la hegemonía española en Europa, que inició

con sus prodigiosas victorias del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba; la madre fecunda de un nuevo mundo transoceánico, la más extensa continuidad de tierra fiel a la Iglesia de Cristo; la protectora de Cisneros en la empresa de la restauración católica, que había de coronar en Roma un paje de su corte, Iñigo de Loyola.

La unidad de España.- Fernando e Isabel

No se puede decir a cual de los dos reales esposos, Fernando e Isabel, corresponde el mérito principal de la unificación de España.

Ciertamente la coronó, con artes algo maquiavélicas, el avisado Don Fernando; muerta ya Isabel, con la anexión de Navarra.

Pero el mérito fundamental de esta unidad no estriba en este hecho, exclusivo de Don Fernando, ni en la epopéica rendición de Granada. Antes hubo de hacerse una lenta y sutil labor de conquista y sujeción de los señores feudales; que en los débiles reinados de Juan II y Enrique IV habían ido alcanzando humos de soberanos en sus respectivos señoríos. Hombres de guerra temibles, muchos de ellos, curtidos en la lucha fronteriza con los moros de Andalucía, constituían un peligro y al propio tiempo una fuerza imponente. Don Fernando de Aragón, sin hacer alarde ni abusar de su varonía, supo respetar los derechos castellanos de su esposa. Y la discreta e intuitiva Isabel, la de sobria sonrisa, ojos azules y cabellos dorados, fué ganando uno a uno los indomables guerreros, dándoles en las montañas y vegas de Granada un campo adecuado a su bizarria y humor marcial.

Jamás dama de leyendas caballerescas fué mejor servida de auténticos héroes de epopeya, que Doña Isabel de Castilla.

El hercúleo Marqués de Cádiz, Don Rodrigo Ponce de León, ocupa por sorpresa la residencia real de los reyes granadinos, la ciudad de Alhama —que la asaltó una noche— y entró con sangrienta escala. Cuando el Rey Moro trata de

recobrarla, el Duque de Medinasidonia, conquistador de Gibraltar, a quien la reina había pedido olvido de sus rencillas vecinales con el Marqués de Cádiz, salva a su émulo del cerco con generosa hidalguía.

El propio Rey Don Fernando, emulando el valor de sus legendarios caballeros, se apodera de Málaga.

En la risueña vega de Granada, frente a la ciudad sitiada, se construye un campamento. Un incendio casual destruye, en una noche trágica, las sedas de la tienda de la reina, que había alhajado amorosamente el Marqués de Cádiz. Todo el campamento se convirtió en una hoguera. Tan pronto como se supo al día siguiente que el fuego había destruido el guardarropa de la reina, Gonzalo de Córdoba le envió el de su esposa.

—Vuestra casa ha perdido en el desastre más que la mía— le dijo la Reina, dándole las gracias.

—Señora, replicó Gonzalo, no es un desastre el que mi esposa y a mi nos concede el privilegio de servir a Vuestra Alteza.

Frente a los muros de Granada se libran combates homéricos. Tal, el duelo singular en que Don Manuel Ponce de León vence al valeroso moro Muza. Había vencido éste en singular combate a cinco caballeros cristianos. ¡Cómo quedó con tristeza - la Reina y desconsolada de la victoria que tuvo - ensangrentando su lanza - el robusto moro Muza!

Súpolo Don Manuel Ponce de León, que yacía en el lecho, sanando de las heridas que hubiera en una batalla. Levántase del lecho, vístese de sus armas, monta a caballo, enristra su lanza, reta al moro vencedor. Gran lástima le han las damas - De velle que va tan flaco. - Ruéganle todos que vuelva - Mas el no quiere aceptarlo. Tras un diálogo caballeroso los dos campeones se libran en formidable combate. Vence al cabo Don Manuel. Corta la cabeza de Muza: -Camina para el real - el Rey y la Reina están - Con otras muchas doncellas, - que juntas la acompañaban -do les mostró la cabeza, - de Muza, que deseaban.

Más conocida aún es la hazaña de Don Fernando de Pulgar, que entrando una noche sorpresivamente por las puertas de Granada, llega a la mezquita y coloca en ella el rótulo del Ave María.

Poco después, cuando la Reina y las Infantas, custodiadas por el Marqués de

Cádiz, el Marqués de Villena y Don Alonso de Aguilar, curiosean la ciudad de Granada desde la altura de Zubia, sale a hostigarlos una tropa de caballeros, conducidos por el galante Muza. El Marqués de Cádiz recibe orden de no aceptar combate. Se adelanta entonces un gigantesco caballero granadino, de nombre Tarfe, reta a los cristianos, y muestra, atado a la cola de su caballo, el rótulo del Ave María, clavado por Pulgar en la mezquita. Por desgracia Pulgar está ausente. Un joven caballero castellano, a quien el mundo conoce como el dulce poeta Garcilaso de la Vega, se adelantó en aquel momento a pedir el permiso real para vengar la injuria de Nuestra Señora. Avanza contra el moro, que lo recibe despectivamente. Rómpanse las lanzas del primer encuentro. Caen al suelo. Brillan las dagas. Luce vencedor el gigantesco moro sobre el imberbe castellano, pero repentinamente el Goliath granadino cae hacia atrás apuñalado desde el suelo por la daga de Garcilaso. Cuando el caballero llega ante la Reina: La católica Isabel - viendo venir vencedor - al famoso Garcilaso- de aquesta suerte le habló: -Vengáis por cierto en buen hora - nuevo lucero español - pues hoy a los de la fama - deja atrás vuestro valor.-

Así, la sonrisa de la Reina, la prudencia del Rey y la guerra de Granada obraron el milagro de amansar la altivez y viricular devotamente la nobleza española. Junto a los muros de Granada, España se sintió unida en un ideal común y en un glorioso destino. Destino providencial hacia un Imperio, del que debe considerarse como madre a Doña Isabel de Castilla, aunque ese Imperio no llegara a su perfecto esplendor sino en el reinado de su nieto Carlos V y su viznieto, el austero Felipe II.

Madre de América.

El 2 de Enero de 1492 se entregó la ciudad de Granada.

El 12 de Octubre de 1492, en el día de la Virgen del Pilar, Rodrigo de Triana anunciaba desde la torre de la Santa María la aparición de América. La cruzada de ocho siglos, se cerraba en Europa con la conquista de Granada, para continuarse en la cristianización de América, desde las Antillas hasta Panamá, desde el Cabo de Hornos hasta California:

Inmensa besaña, campo de naciones,
que como vivero de constelaciones,

brillan en el virgen suelo americano...

—¿Cómo fué la siembra?

De aquel mismo grano
que de Covadonga se guardó en la cueva,
del que la Santísima calentó en la mano,
y el Cid derramara por toda la gleba;
del grano que bieldan sobre sus bridones
las bravas cuadrillas de los mesnaderos,
al viento de hielmos y airones;
del que fertiliza
la vega moruna,
que una reina a caballo bautiza
con la concha rota de la media luna...
...De aquel mismo grano, tan sólo un granico
el ave del sueño de Doña Isabela
volando... volando llevólo en su pico
allende los mares, lo echó en la parcela,
que un aventurero rozó con su pica,
y a Castilla vuelve por otro granico:
—¡Campana de Palos, repica... repica!
que al llegar a España la audaz avecica,
cantando en el mastil de una carabela,
le dijo a la Reina más pobre y más rica:
—“De una tierra vengo parecida a un cielo,
de sembrar a España, que se centuplica:
¿Quieres ver la obrada...? Vuela... vuela... vuela...”
....y empezó de entonces a ensayar su vuelo
el alma con alas de Doña Isabel.

(Augurio Salgado S. J. - La Canción del vuelo, 1926).

La aventura de las tres caravelas, la aventura de Colón, fué posible porque la intuitiva Isabel descubrió en el extraño viajero, soñador, poeta y embustero, un rastro de verdad grandiosa. En el camino de Catay y de Cipango se escondía un continente. La América Hispana debe a la Reina generosa y genial, en veinte naciones, la aurora de vida civilizada.

La hegemonía Europea de España.

Fué también la intuición de Isabel la Católica, la que descubrió entre sus bravos caballeros castellanos un genial estratega: Gonzalo de Córdoba, por su devoción a la Reina se le ha llamado ‘el Caballero de Isabel’. Ella se lo impuso a su marido para la empresa de Italia, aunque la empresa de Italia era un viejo cometido de la corona de Aragón.

Entre Castilla y Aragón, que el yugo simbólico unía en Fernando e Isabel para fortuna de España, existían diferencias importantísimas. Habían de tener un reflejo en la inmediata historia del Imperio Español. Castilla era preferentemente guerrera. Aragón, diplomática. Castilla había de desbordarse hacia el Atlántico, hacia América. Aragón abierto al Mediterráneo, llevó a España a la hegemonía europea, que se discutía en la

Península Italiana.

La Campaña de Italia, en sus líneas diplomáticas, fué obra del astuto Don Fernando, en lucha ventajosa contra el astuto y audaz Luis XII de Francia. En sus gestas guerreras y en sus realizaciones inmediatas fué hazaña personal de Gonzalo de Córdoba. Fué Gonzalo el que venció al turco en Cefalonia, deteniendo por veinte años el avance otomano. El que desvarató a los franceses en Calabria y Nápoles. El que humilló en Ostia al más feroz de los piratas. Gonzalo organizó los invencibles tercios españoles y formó el primer ejército moderno de Europa. La reina Isabel, mientras lloraba, como madre, en Granada la muerte del Infante Don Miguel, sentíase orgullosa de las victorias de su caballero en Italia. Tenía el Gran Capitán el genio estratégico de Aníbal, la esplendidez de un príncipe del Renacimiento, y la generosidad de un caballero de la Reina Católica.

La Restauración Católica. Cisneros.

Los que con nombre sectario, que inventaron los protestantes alemanes, aceptaron con necia fatuidad los enciclopedistas y universalizó con su dictadura científica en el siglo XIX la historiografía sajona, llaman **Reforma** a la **Revolu-**

ción Protestante deben saber que la escisión religiosa del siglo XVI no fué sino el reventar de un tumor pestilente que venía formándose desde el siglo XIV; y se refleja en la explosión de las más bajas pasiones en Lutero, Enrique VIII y los príncipes anhelosos de acaparar los bienes de la Iglesia.

La verdadera reforma, la que se ha llamado muy justamente **restauración católica** del siglo XVI, coincide en el tiempo con la **Revolución protestante** y se inicia en la **devotio moderna** de los países vecinos al Rin en el siglo XV y tiene uno de sus más poderosos factores en la reforma de los conventos, iniciada en España, bajo la Reina Católica, por su férreo confesor franciscano, Cisneros. La restauración española acogía y daba sello cristiano a todos los valores del Renacimiento en la Universidad de Alcalá y olvidando protestas y consignas vacías, tan frecuentes entre los reformadores protestantes, iba a la raíz misma de la disolución eclesiástica. Ciencia, virtud y pobreza se exigió a los mendicantes. Ciencia y virtud al clero. Y la reforma religiosa de España había de florecer en los próximos dos siglos con una pléyade de teólogos, escrituristas, filósofos y humanistas; y una corona de Santos, entre los cuales es necesario mencionar un paje ilustre de la corte de los Reyes Católicos, que abandonaría la caballería cortesana y militar para trocarse en el soldado de Cristo, que coronó en Roma, junto a los Papas y a los Cardenales de la Curia, con el arma irresistible del librito de los **Ejercicios espirituales** la obra iniciada por Francisco de Cisneros en la corte de la Reina Católica, Doña Isabel.

Cisneros, figura señera de la **Restauración Católica**, fué elevado a la sede primada de Toledo por imposición de Isabel, pues Fernando candidateaba para aquel puesto, con una mentalidad renacentista de la peor dirección, a su hijo bastardo Alonso de Aragón.

Este mérito de la **Restauración católica** coloca a Isabel entre los grandes bienhechores de la Iglesia Católica.

El secreto de Isabel.

Dulce y fuerte, austera y bondadosa, Isabel hizo el milagro de domeñar la indómita nobleza castellana, unificar a España, alentar la conquista del Nuevo Mundo, la hegemonía española en Europa y la restauración católica de la Iglesia. Fecunda maternidad hemos llamado a esta múltiple empresa. ¿Cuál fué

el secreto de la eficacia de la Reina Católica?

Aquella mujer "caída a la tierra desde el cielo", según la expresión de "Pedro Martir" no era excepcionalmente hermosa; no tuvo en sus principios el prestigio que da el poderío; sus mismos derechos al trono eran fundamentalmente contrvertidos; sólo en los últimos años fué rica y aun entonces, no más que lo bastante para llevar con decoro la realeza; empezó además a actuar en la vida pública cuando su ascendiente personal era ínfimo comparándolo con el influjo de los mangoneros que habían suplantado la autoridad real... y, sin embargo, su órbita ininterrumpida es una sucesión de triunfos. Triunfa metiendo en cintura a los amigos, amistándose con los adversarios, desvaneciendo recelos, disipando prevenciones, dominando motines con un solo gesto, metiéndose en la faltriqueira al hermano, al marido, a los nobles, a los reyezuelos moros, a los grandes monarcas extranjeros, hasta al Papa. ¿Lista? No lo era menos Don Fernando. ¿Casta? También lo fué la Beltraneja. ¿Valerosa? No lo era más que muchas de las mujeres de su época: María Sarmiento o la Condesa de Medellín, por ejemplo. -Santa: no hubo de serlo más que Talavera. Activa: tanto, pero no más que Mendoza. Su austeridad era menor que la de Cisneros. Su pluma no corría más suelta que la de Pulgar. Sus arengas palidecían seguramente ante el brío varonil de las de un Gonzalo de Córdoba. Y, a pesar de ello, todos cedían al influjo de su querer y disponer..."

Llanos y Torriglia, de quien es el párrafo anterior habla de su **simpatía hechicera**, y fué sin duda el secreto de su éxito con Gonzalo de Córdoba y los más temibles guerreros de su nobleza. Nosotros mismos hemos aludido a su **intuición femenina**, que supo escoger colaboradores, como Mendoza, Cisneros, Colón, Gonzalo de Córdoba y su propio esposo el prudente Don Fernando.

Sin embargo, de ser sinceros, en ninguna particular cualidad de la Reina pondría el secreto definitivo de su eficacia. Más bien lo hallamos en el equilibrio de sus múltiples aptitudes. En aquella armonía de mujer cristiana, madre hacendosa y gobernante sagaz que hace de Isabel de Trastámara la dama más completa que haya ceñido corona de reina.

Caracas, 1951.

Manuel Aguirre Elorriaga, S. J.